Una publicación de

LE MONDE diplomatique

HERVÉ KEMPF

Cuando las desigualdades destruyen el medioambiente

EDITORIAL AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS

Liberté • Égalité • Fraternité
RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
DELEGATION REGIONALE DE COOPERATION POUR LE CONE SUD ET LE BRESIL

© 2012, Editorial Aún creemos en los sueños

La editorial Aún creemos en los sueños
publica la edición chilena de *Le Monde Diplomatique.*
Director: Víctor Hugo de la Fuente

Suscripciones y venta de ejemplares:
San Antonio 434 Local 14 - Santiago.
Teléfono: (56 2) 664 20 50
Fax: (56 2) 638 17 23
E-mail: edicion.chile@lemondediplomatique.cl
www.editorialauncreemos.cl
www.lemondediplomatique.cl

Diseño: Cristián Escobar
Copyright 2012 Editorial Aún Creemos En Los Sueños.
ISBN: 978-956-340-024-3

ÍNDICE

Introducción por Pascal Delisle 5

Textos de Hervé Kempf:

Crisis ecológica: una cuestión de justicia 9

La democracia, la oligarquía, la ecología 23

Por primera vez, la humanidad se topa con el límite de los recursos naturales 27

En Chile, la primavera de los estudiantes 35

Patagonia chilena
Lo que se lleva el carbón de la Isla Riesco... 45

Las desigualdades, motor de la crisis ecológica 51

Introducción

por Pascal Delisle*

Este libro es el fruto de un encuentro entre Hervé Kempf y el Chile de hoy. En el marco de una invitación por parte de la Delegación Regional de Cooperación para el Cono Sur y Brasil del gobierno francés, Hervé Kempf vino a Chile en septiembre de 2011 a compartir sus tesis e intercambiar conocimientos y opiniones con estudiantes, académicos, miembros de asociaciones y comunidades locales.

Especialista en temas medioambientales del diario francés *Le Monde*, y autor de ensayos muy destacados de ecología política estos últimos años (*Como los ricos destruyen el planeta* en 2007, y luego *Para salvar el planeta, salir del capitalismo*, y *Basta con la oligarquía, viva la democracia*), Hervé Kempf encontró un público particularmente sensible a sus tesis debido a los movimientos sociales y estudiantiles históricos que vivía Chile en ese momento, que mostraban muchos puntos de convergencia con sus análisis.

La venida de Hervé Kempf a Chile fue organizada en colaboración con la plataforma de ONG Acción Chile y la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*. Hervé Kempf dio varias conferencias y participó en distintos debates entre los cuales destacan:

*Consejero Regional de Cooperación para el Cono Sur y Brasil.

-Un seminario con analistas de ECLAC el primero de septiembre en el marco de la preparación de la cumbre de Río + 20

-Una conferencia en la Universidad Diego Portales el 6 de septiembre junto con Juan Pablo Orrego, presidente de la asociación Patagonia sin Represas.

-Una conferencia en la Universidad Católica de Valparaíso organizada por el CIRAD (Centro Internacional de Investigación Agronómica para el Desarrollo, basado en Montpellier, Francia) el siete de septiembre sobre "mundialización y medio ambiente" en presencia Sara Larraín, presidenta de la asociación Chile Sustentable y ex candidata ecologista a la presidencia de Chile, y en presencia de investigadores tales como Michel Trometter (INRA, Instituto Nacional de Investigación Agronómica, Francia), Didier Bazile y Henri Hocdé (CIRAD)

-Una conferencia en la Universidad de Chile el 8 de septiembre en presencia de Raúl Sohr, periodista de televisión y autor de libros sobre ecología y geopolítica; así como Fátima Mereles (Paraguay).

-Un debate el 9 de septiembre con los habitantes de la comuna de Pedro Aguirre Cerda, barrio popular del sur de Santiago en el marco de iniciativas locales en cuanto a ecología, participación de los discapacitados en la economía y actividades de reciclaje.

En cada uno de estos eventos participaron entre 130 y 150 personas. Cada presentación dio lugar a intercambios muy intensos, reflejando el interés por los análisis de Hervé Kempf en el contexto chileno. Muchos de los comentadores subrayaron la pertinencia de las tesis de Hervé Kempf especialmente en la situación que vive Chile, cuyo caso sería, según ellos, una experiencia extrema de neoliberalismo

económico, con una combinación de buenos resultados macroeconómicos, de gran desigualdad (Chile estaría entre los 10 países más desiguales del mundo en términos de distribución del ingreso, medida por el índice de Gini), y de degradación ambiental.

Este libro presenta las conferencias y otros textos de Hervé Kempf en ese período. Por supuesto, el papel de la delegación francesa de cooperación regional no es de opinar sobre la substancia de las tesis de Hervé Kempf ni sobre la situación de Chile; nuestra misión es más bien permitir a los pensadores franceses contemporáneos -de distintos horizontes- de poder intercambiar sus opiniones y tesis con la sociedad chilena en un espíritu de libre debate y de celebración de la diversidad de puntos de vista. Por eso agradecemos a Herve Kempf por haber compartido dos semanas con nosotros y con la ciudadanía chilena, con la pasión y el respeto por el debate que lo caracterizan. Nuestros agradecimientos van también a nuestros socios de la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*, con los cuales trabajamos desde hace varios años proponiendo un abanico de análisis, a veces radicales pero siempre estimulantes, al público de la región.

P.D.

Crisis ecológica: una cuestión de justicia

por Hervé Kempf*

En las últimas décadas, la crisis ecológica ha adquirido tal envergadura que sus consecuencias empiezan a ser claramente visibles y la comunidad científica describe, cada vez con más precisión, los efectos que ésta podría generar en el futuro de nuestras sociedades. Relegada hasta hace poco a la categoría de preocupación secundaria, e incluso folclórica, desde hace unos años se considera un factor geopolítico importante.

En 2007, el *Center for Naval Analysis*, grupo asesor constituido por oficiales estadounidenses retirados, publicaba un informe en el que se vinculaba seguridad nacional y cambio climático (1). A principios de 2008, Javier Solana, entonces alto representante para la Política Exterior y de Seguridad Común de la Unión Europea, presentaba al Consejo Europeo un documento sobre el mismo asunto (2).

A finales de 2008, el informe que cada cinco años publica el *National Intelligence Council* de Estados Unidos, organismo que sintetiza los análisis geopolíticos de los servicios de información estadounidenses, incluía el "pico del petróleo" (momento a partir del cual la producción mundial de petróleo entra en un progresivo descenso terminal), la escasez de

*Artículo publicado en la revista *Política Exterior* (Madrid), invierno de 2011.

agua y el cambio climático entre los principales problemas que deben definir la posición estratégica de Washington (3). En septiembre de 2009, la CIA inauguraba su centro sobre cambio climático y seguridad nacional, precisando que emprendería la labor de estudiar "el impacto en la seguridad nacional de fenómenos como la desertificación, el ascenso del nivel del mar, los flujos de población y la competencia creciente por los recursos naturales" (4).

Y, por si alguien aún alberga dudas acerca de la interacción entre crisis ecológica y política internacional, que compare la repercusión de la Cumbre de Copenhague sobre el clima en diciembre de 2009, en la que se dieron cita 120 jefes de Estado, con el modesto eco que cosechó la conferencia de la Organización Mundial del Comercio (OMC), organizada ese mismo mes, lo que contribuirá a cambiar la perspectiva.

Una crisis ecológica de dimensiones históricas

Antes de analizar con más detalle los impactos de la crisis medioambiental en las relaciones internacionales, vale la pena recordar el abecé del cambio climático.

El cambio climático se debe al incremento del efecto invernadero: hay determinados gases, como el dióxido de carbono o el metano, con la propiedad de atrapar cerca de la superficie del planeta parte de la radiación que la Tierra refleja hacia el espacio. A causa de la reciente acumulación de dichos gases en la atmósfera, la temperatura media de ésta aumenta. El aumento de la temperatura media a finales del siglo XXI debería situarse entre 1,4 y 5,8°C. Así lo ha calculado el Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático (IPCC por sus siglas en inglés), que reúne a la comunidad de científicos especialistas en el cambio climático. Sin

embargo, este nivel anunciado no es un máximo. Si nada cambia de aquí a fin de siglo, la temperatura seguirá aumentando. Estas cifras son sólo modestas en apariencia, ya que la temperatura media del globo es de 15°C. Bastan unos grados para que se produzca un cambio radical de régimen climático. Por ejemplo, menos de 3°C nos separan del holoceno, de entre hace 6.000 y 8.000 años, un período muy distinto del presente; asimismo, durante la era glacial de hace 20.000 años, la temperatura sólo era 5°C inferior a la actual.

Además, el cambio climático, en vez de producirse gradualmente, podría llegar de repente, impidiendo una adaptación progresiva de la sociedad: más allá de un determinado umbral (que los climatólogos acostumbran a situar en torno a los 2°C de calentamiento), el sistema climático podría desbocarse irreversiblemente.

Esta eventualidad se ha descrito en un informe encargado por el Pentágono en 2003: fue redactado por un gabinete californiano (Global Business Network) a petición de un influyente estratega del Pentágono, Andrew Marshall. El estudio se basaba en una hipótesis lanzada por los cien- tíficos, según la cual el cambio climático podría perturbar la circulación de la gran corriente oceánica que da la vuelta al planeta. El texto predecía que la temperatura caería en Asia, América del Norte y Europa, pero aumentaría considerablemente en el hemisferio Sur. La sequía se instalaría en diversas y grandes regiones agrícolas y los tornados se multiplicarían. Las consecuencias geopolíticas serían enormes, lo que explica el encargo del Pentágono.

Inmersa en un clima siberiano, Europa se precipitaría hacia la crisis. Estados Unidos se replegaría sobre sí mismo, incapaz de generar excedente agrícola. China volvería a conocer las hambrunas y el

caos y miraría con avidez hacia Rusia. Las guerras se multiplicarían con el fin de conquistar los recursos, ahora vitales (5).

La crisis de la biodiversidad mundial, aunque mucho menos conocida que el cambio climático, no es por ello menos inquietante. Su indicador más notable es la desaparición de especies. Los expertos calculan que el índice actual de extinción de especies alcanza entre 100 y 1.000 veces el índice natural registrado por la historia geológica, es decir, por el estudio de los fósiles.

La causa principal de la desaparición de variedades de seres vivos es la degradación o destrucción de sus hábitat, que desde hace 50 años avanzan a un ritmo frenético: según la "Evaluación de los Ecosistemas del Milenio",6 informe elaborado por más de 1.300 científicos de todo el mundo: a partir de 1950 se han destinado a la agricultura más tierras que en los siglos XVIII y XIX juntos; desde 1980, se ha perdido el 35 por cien de los manglares (bosques húmedos de los litorales tropicales), así como el 20 por cien de los arrecifes de coral; la producción de nitrógeno por la humanidad supera la de todos los procesos naturales; mientras que la cantidad de agua retenida en los grandes embalses es entre tres y seis veces mayor que la contenida en los ríos.

De hecho, los autores del citado informe advierten de que "la actividad humana ejerce tal presión en las funciones naturales del planeta, que ya no se puede dar por hecha la capacidad de los ecosistemas de responder a las demandas de las generaciones futuras".

A la transformación de los hábitats, por artificio o destrucción, viene a sumarse una contaminación general, cuyos indicadores revelan que va en aumento. El mayor ecosistema del mundo, el conjunto de los océanos, se degrada hoy considerable-

mente. Las cuotas pesqueras, debidas a la reducción de los bancos de pesca, son el síntoma más visible del empobrecimiento de los océanos: respecto a las reservas de pesca, se ha pasado de un porcentaje de sobreexplotación del 10 por cien en los años setenta al 24 por cien en 2002, mientras que un 52 por cien se encuentra en el límite máximo de explotación.

Y la situación empeora

Un factor agravante de la crisis ecológica planetaria es la expansión espectacular de China, cuyo PIB lleva dos décadas creciendo a un ritmo cercano al 10 por cien anual, y de India, que no le va muy a la zaga. Es un crecimiento comparable al de Japón en la década de los sesenta. El país del sol naciente se convirtió así en la segunda economía del mundo. Pero China cuenta con una población inmersa en la espiral de crecimiento económico 10 veces mayor que la de Japón; pesa mucho más en los ecosistemas mundiales, sobre todo debido a sus importaciones de materias primas y de madera, que transforman los entornos de los lugares de donde se extraen. Y en 2008 China superó a EE UU en emisión de gases de efecto invernadero. La presión ecológica de China –y en menor grado de India–, aunque perjudicial, no exime de responsabilidad a los países occidentales: debido al peso ya abrumador de estos en la biosfera, la carga suplementaria de las nuevas potencias hace insoportable la crisis ecológica.

No es China quien provoca el problema, sino el hecho de que se añada a las dificultades ya generadas por EE UU y Europa. Entre todos empezamos a sobrepasar las capacidades de recuperación del planeta. "La huella ecológica de nuestras sociedades", esto es, su impacto ambiental, según el concepto forjado por el experto suizo Mathis Wacker-

nagel, “supera la biocapacidad del planeta”: consumimos más recursos ecológicos de los que produce la Tierra.

En resumen, la crisis ecológica marca un momento radicalmente nuevo: es la primera vez en la historia de la humanidad que se alcanzan los límites de la biosfera. Los geólogos han otorgado un valor simbólico a este hito, al considerar la etapa inaugurada con la revolución industrial como un nueva era geológica, el “Antropoceno”: el poder de transformación de la naturaleza por la humanidad la convierte en un agente geológico (7).

A la crisis ecológica se superpone la evidencia de la limitación de los recursos, cuyo indicador principal es la posible falta de petróleo. La crisis petrolífera viene anunciada por la conocida como “teoría del pico” de Hubbert, nombre del geólogo estadounidense que la formuló. Según esta teoría, la explotación de un recurso natural sigue una curva con un máximo en el centro. El cénit de dicha curva corresponde al momento en que la explotación alcanza un nivel máximo antes de empezar a decrecer.

Con la llegada de los grandes países emergentes al mercado del petróleo, el “pico del petróleo” se hace candente. Si China e India alcanzaran en las próximas décadas el nivel actual de consumo de Japón (el más austero de los países desarrollados), utilizarían 138 millones de barriles al día (mb/d). En 2005, el consumo mundial era de 82 mb/d.

Entretanto, surgen tensiones relacionadas con muchas otras materias primas, tensiones que no harán sino aumentar mientras los ritmos de crecimiento de las economías emergentes sigan siendo elevados. Al parecer, el uranio, el cobalto, el titanio, el cinc, el cobre y los metales raros van a escasear, al menos a precios moderados (8).

Las consecuencias previsibles

Sobre la base de los informes del IPCC y de un sinfín de estudios científicos, se pueden empezar a identificar con bastante claridad los efectos previsibles del cambio climático. Los más habitualmente mencionados por los expertos son:

– La elevación del nivel de los mares, con importantes consecuencias en las regiones costeras, las más densamente pobladas. En concreto, se piensa en los deltas de los ríos Ganges, Mekong y Nilo, pero también del Missisipi, el Godavari (India) y el Yang-Tse.

– Los posibles cambios en la dirección y fuerza de las corrientes marinas.

– La acidificación de los océanos, que afecta a la biodiversidad marina y a la pesca.

– La escasez de agua potable, provocada por las sequías, la contaminación por agua del mar de la capa freática del suelo y el deshielo de los glaciares de montaña (especialmente en el Himalaya y los Andes).

– Fenómenos meteorológicos extremos, como ciclones, olas de calor e inundaciones brutales.

– Cambios en el régimen de las precipitaciones, que en unos lugares ocasionarían inundaciones; en otros, largas sequías; y en otros, la modificación de sistemas estacionales como el monzón indio. No obstante, se habla también de algunas consecuencias positivas: la ampliación de superficies cultivables en Siberia o Canadá, o la apertura a la navegación del océano Ártico.

La rápida enumeración que acabamos de hacer muestra una geografía del cambio climático bastante elocuente como para que huelguen los comentarios. En general, los expertos opinan que los países del Norte serán los menos afectados por los efectos del

cambio climático, al menos en las primeras décadas del siglo. Sin embargo, la posibilidad de que se produzcan grandes sequías en el suroeste de EE UU o en el sur de Europa (España, Italia, Grecia), demuestran que nadie se librará de las futuras alteraciones.

Las consecuencias posibles de la crisis de biodiversidad se han estudiado mucho menos que las de la modificación del clima, pero se teme que la disminución de la diversidad genética favorezca la aparición de grandes epidemias. Las que se vienen repitiendo desde hace años (SRAS –Síndrome Respiratorio Agudo Severo–, gripe aviar, gripe porcina H1N1), aunque por ahora controladas, no serían más que la antesala. Otras amenazas serían las de las enfermedades a gran escala de cultivos básicos (arroz, trigo, maíz, etcétera), con una incidencia tan extendida que el "paquete genético" de estas especies se ha reducido notablemente en las últimas décadas. A pesar de ello, los análisis sobre las consecuencias de la pérdida de biodiversidad resultan todavía insuficientes.

Más allá de una caracterización geográfica nítida, hay dos fenómenos destacados que aparecen de forma recurrente en los análisis prospectivos. Por un lado, la posibilidad de que la producción agrícola pueda verse afectada de forma importante en un gran número de países, en especial los más pobres, donde además la población rural suele ser mayoritaria. Así, que los países del Norte pudieran seguir produciendo, incluso más, conviviría con un alto riesgo de que regiones enteras fueran incapaces de alimentarse. Por otro, y este factor va ligado al anterior, los cambios ambientales brutales podrían provocar importantes migraciones humanas. Este fenómeno, a menudo presentado como catastrófico, debe relativizarse. Como apunta François Gemenne, uno de los mejores especialistas europeos en la

cuestión, “es raro que los factores ambientales estén aislados de su contexto socioeconómico; se mezclan con otros económicos, políticos y culturales” (9)

Es más, “estas migraciones son esencialmente migraciones internas; las internacionales son la excepción y no la regla”. Ahora bien, tampoco se pueden excluir las migraciones masivas, y así lo ven muchos Estados, ya sea en Europa, con su sistema Frontex; EE UU, que erige un muro en la frontera con México; o el que prepara India en la frontera con Bangladesh, un país susceptible de acabar en buena parte sumergido si subiera el nivel del mar.

No obstante, hay otro asunto del que no se habla tanto pero que podría tener consecuencias más graves: la fragilidad de un gran número de Estados, incapaces de hacer frente a las consecuencias provocadas en sus sociedades por el choque medioambiental. En ese caso, o bien las situaciones catastróficas exigirían intervenciones “humanitarias” reiteradas por parte de las grandes potencias (la gestión de las consecuencias del seísmo en Haití en enero de 2010 es buen ejemplo de ello), o bien conllevarían el descalabro completo de los Estados en cuestión, lo que abriría la puerta a una inestabilidad que se extendería como una mancha de aceite. Lo cierto es que, debido a su elevado coste, los países mejor estructurados no podrían involucrarse muy a menudo en intervenciones importantes. Por tanto, el derrumbamiento de los Estados débiles es un escenario totalmente plausible. El psico sociólogo alemán Harald Welzer da una idea de la magnitud del problema: “Actualmente hay 2.000 millones de personas que viven en Estados considerados poco seguros, fallidos o camino de serlo; lo que, en definitiva, significa que su vida está sujeta a más peligros crónicos que la de la población de otras regiones del mundo” (10)

Guerra o cooperación

Ante este conjunto de nuevos retos, es comprensible que se plantee la posibilidad de nuevas guerras. De hecho, llama la atención que un responsable del más alto nivel, el entonces primer ministro australiano, lo haya afirmado claramente. En la inauguración de la conferencia de países de Asia y Pacífico, en diciembre de 2009, Kevin Rudd explicó: "Nuestra región cuenta con poblaciones numerosas y recursos limitados, lo que implica una potencial competición por los recursos escasos: petróleo, gas, agua y alimentos". Y prosiguió: "Si no actuamos, la amenaza global del cambio climático tendrá consecuencias devastadoras para todos nuestros países: económicas, ambientales, de seguridad humana y, en último término, geoestratégicas. (...) En la actualidad las grandes potencias viven en armonía. Sin embargo, la historia invita a la prudencia y a no dar por hecho que la paz, la armonía y la concordia son situaciones en cierto modo predeterminadas que se imponen en nuestra región. Un examen atento a la historia de las grandes potencias europeas en los siglos XIX y XX sugiere que debemos ser precavidos frente a esas hipótesis".

No obstante, aunque la corriente mayoritaria de pensamiento acostumbre a considerar inevitable la multiplicación de los conflictos, la propia naturaleza del peligro ecológico podría, paradójicamente, contribuir a una mayor cooperación entre Estados. La crisis ecológica exige un cambio en el juego tradicional de rivalidad entre naciones, pues en el desequilibrio de la biosfera no habrá grandes ganadores ni perdedores, aunque las oligarquías rusa y canadiense sueñen con el petróleo del Ártico. En el mejor de los casos, las pérdidas serán desiguales, pero cuando se profundice el fenómeno todos saldrán, sin duda,

malparados. Ante la cuestión ecológica, a las naciones les interesa, lógicamente, colaborar. Así que hay tantas posibilidades de paz como de guerra.

La inclinación de la balanza dependerá de cómo se traten los asuntos de justicia subyacentes. El cambio climático plantea la cuestión de la equidad en un mundo unido por el peligro compartido: en efecto, como hemos visto, los países más pobres serían los más golpeados, a pesar de tener una responsabilidad escasa en las emisiones de gases de efecto invernadero desde 1800. La prevención del riesgo climático –único modo de reducir las amenazas a las que nos hemos referido– supone un esfuerzo común pero, para ser justos, son los países más ricos los que deben llevarla a cabo en primer lugar.

Que China supere ahora a EE UU en emisión de gases de efecto invernadero no modifica fundamentalmente esta cuestión de justicia: por un lado, Pekín alega que sus emisiones por habitante son muy inferiores a las estadounidenses; por otro, subraya que en cuanto a emisiones acumuladas desde 1800, su "saldo" está lejos del de su competidor.

En definitiva, de lo que se trata es de repartir mundialmente un recurso limitado: el volumen de gas carbónico que todavía se puede emitir sin provocar el cambio climático. El freno a las emisiones de carbono por parte de los países del Sur conlleva previamente –o al mismo tiempo– el de los países del Norte. Y en estos últimos, en los que cada habitante emite un promedio muy superior al de un ciudadano de los países del Sur, la reducción por cápita debe ser mucho más notable que en la región meridional del planeta.

Por tanto, lo que está en cuestión es el reequilibrio del juego mundial de las potencias, que se traduce en la obligación de Occidente de "entrar en vereda" tras una larga etapa (unos 500 años) de

dominación. Para quienes se sientan molestos por esta perspectiva, bueno es recordar que, según las previsiones de las Naciones Unidas sobre división de la población, los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) representarán el 12 por cien de la población mundial en 2050, frente al 60 por cien de los de Asia y el 20 por cien de África.

Ahora bien, la cuestión de la justicia no se plantea únicamente entre naciones. En el seno de cada una de ellas las situaciones de los distintos grupos sociales son muy diferentes, algo que también debería tenerse en cuenta en la necesaria reducción global, de modo que los mayores emisores reduzcan mucho más sus emisiones que las personas de recursos más modestos. En un contexto que, desde los años ochenta, ha visto aumentar notablemente las desigualdades en la distribución de la riqueza en todos los Estados occidentales (así como en la mayoría de países emergentes), una fuerte y necesaria reducción de emisiones plantea la cuestión de la justicia social y –dado que el nivel de emisiones de gases de efecto invernadero está estrechamente relacionado con el nivel de renta– de la redistribución de los ingresos.

Vemos, pues, que la cuestión geopolítica planteada por la crisis ecológica se presta a dos soluciones radicalmente distintas. La primera se daría en un mundo que no llegara a transformar sus modos de vida y consumo, y llevaría a una escalada inexorable hacia la guerra. La segunda, el mantenimiento de la paz global optando por una redistribución de los recursos limitados a escala internacional, sólo posible por medio de la justicia social en el ámbito interno.

La clave de las relaciones internacionales en los próximos 50 años, estructurada por la cuestión eco-

lógica, depende más de la evolución interna de los países que de sus relaciones aparentes de poder.

En otras palabras: las estrategias de lucha contra el cambio climático no deben ignorar la búsqueda de equidad. ◆

1 CNA."National security and the threat of climate change".Alexandria:The CNA Corporation, 2007.
2 Alto representante de Política Exterior de la Unión Europea. "Changements climatiques et sécurité internationale", S113/08. Comisión Europea, 14 de marzo de 2008.
3 National Intelligence Council. "Global Trends 2025: a transformed world". Washington: US Government Printing Office, noviembre de 2008.
4 Agencia Central de Inteligencia (CIA). "CIA opens center on climate change and national security" , [comunicado de prensa], 25 de septiembre de 2009.
5 Kempf, Hervé."Le scénario d'apocalypse que voulait cacher le Pentagone". Le Monde, 6 de marzo de 2004.
6 6. "Estamos gastando más de lo que poseemos". Declaración del Consejo . [S. l.]: Evaluación de los Ecosistemas del Milenio, marzo de 2005.
7 Zalasiewicz, Jan et al. Are we now living in the Anthropocen ?, GSA Today, vol. 18, n.° 2, febrero de 2008.
8 Michael Klare, Rising powers, shrinking planet. Nueva York: Metropolitan Books, 2008.
9 Gemenne, François. Géopolitique du changement climatique. París: Armand Colin, 2009.
10 Welzer, Harald. Les guerres du climat. París: Gallimard, 2009.

Fuente: Politica Exterior Estudios (noviembre-diciembre 2010).

H.K.

La democracia, la oligarquía, la ecología

por Hervé Kempf*

La cuestión ecológica, con el cambio climático, ha llegado a ser la cuestión política esencial a principios del siglo XXI, la primera realmente planetaria de la historia. ¿Cómo vamos a repartir los recursos y el "espacio ecológico" entre humanos que nunca han sido tan numerosos, sabiendo que la carrera al desarrollo económico, tal como ha sido concebido, conduce a una crisis ecológica insostenible?

El filósofo alemán Hans Jonas, en *El principio responsabilidad*, publicado en 1979, Alemania, es el primero en plantear el debate en estos términos. Con el objetivo de prevenir la llegada de la catástrofe, preconiza "*renunciar a la prosperidad, en beneficio de otras partes del mundo*" y adoptar el "*objetivo para nada resplandeciente de la auto moderación de la humanidad*". En términos concretos, y con otras palabras, significa reducir el consumo material y el consumo de energía.

¿Cómo es posible, en democracia, decidir mayoritariamente esta transformación radical de la cultura del consumo? ¿La democracia está a la altura del desafío histórico que plantea la crisis de la biósfera?.

*TEXTO PUBLICADO EN: WWW.REPORTERRE.NET EL 30 DE MAYO DE 2011.
Traducción: María Teresa Aquevedo

Para responder a estas preguntas hay que volver a lo que es la democracia. Simplificando las cosas, ésta podría ser considerada un tríptico:

- un tiempo de deliberación colectiva informada por los medios independientes de los diferentes poderes;
- una decisión, -la ley- tomada por la mayoría al término de esta deliberación;
- un respeto del derecho de la minoría que permite retomar la deliberación sobre las consecuencias de la decisión o sobre otras decisiones que tomar.

Sin embargo, en la actualidad el capitalismo no considera más la democracia como algo indispensable a su existencia, la rechaza, incluso de manera cada vez más evidente puesto que ella conduce lógicamente al cuestionamiento de los poderes vigentes.

Las condiciones de un buen ejercicio de la democracia están ampliamente alteradas. La libre deliberación está viciada por el hecho que los medios están masivamente controlados por la oligarquía. La opción mayoritaria se encuentra truncada por el peso de los lobbies, incluso, a veces, por la negación pura y simple de la elección popular, como el referéndum de 2005 en Francia sobre la construcción europea.

El respeto de los derechos humanos y de las libertades públicas es atropellado en nombre de las políticas públicas anti-migración. El poder político está subordinado a las potencias financieras.

En los hechos, las clases dirigentes nos hacen entrar en un régimen oligárquico, donde un grupo de personas controlando los poderes político, económico y mediático, deliberan entre ellos, luego imponen sus opciones a la sociedad.

Entonces la oligarquía actual busca ante todo mantener su posición privilegiada. Con este objetivo mantiene obstinadamente el sistema de valo-

res organizado en torno al crecimiento material y al sobreconsumo, un sistema que acelera nuestra entrada en la crisis ecológica.

Pero, si queremos decidir las políticas adaptadas al reto ecológico, hay que revitalizar la vida y el espíritu democrático. Por ejemplo, es necesario un verdadero debate democrático para exponer cómo una baja del consumo material supone una reducción fuerte de las desigualdades y el florecimiento de otras actividades sociales.

Por lo demás, es necesario restablecer el predominio de lo político sobre "*los mercados*", la separación entre el interés general y los intereses privados, la independencia de los medios de comunicación.

¿Podríamos orientar el estar juntos no violento y cooperativo -lo que en el fondo es la democracia- hacia el proyecto, no de tener más, sino de evitar lo peor, e ir hacia un vivir mejor en ruptura con la sociedad de consumo en la cual funcionamos desde nuestra infancia? No es evidente.

Sin embargo, lo que es seguro, es que quedarnos en el sistema político actual, que fragiliza cada vez más el ideal democrático, manteniendo al mismo tiempo la ilusión de un crecimiento eterno, nos lo impedirá.

H.K.

Entrevista de Eduardo Febbro a Hervé Kempf

"Por primera vez, la humanidad se topa con el límite de los recursos naturales"

Kempf acaba de publicar su segundo libro, *Para salvar el planeta hay que salir del liberalismo*, sobre la devastación de los recursos naturales. Plantea que para diseñar políticas ecológicas hay que priorizar valores opuestos a los que rigen el ordenamiento económico y social del mundo.

Desde París

Con una gran capacidad pedagógica y sin caer jamás en la histeria anticapitalista o en la denuncia incendiaria embebida en otras ideologías, Kempf plantea una evidencia ante la cual el ser humano cierra los ojos: la humanidad se dirige hacia su pérdida llevada por un modelo político y económico que terminó por contaminar y agotar la esencia misma de la vida. ¿Cómo sobrevivir a semejante cataclismo? De una sola manera, dice Kempf: rompiendo las amarras que nos ligan al capitalismo. Kempf demuestra que el capitalismo actual, enredado por la corrupción, la

*Entrevista publicada en el diario Página 12 de Argentina el 11 de enero de 2010. www.pagina12.com.ar/diario/dialogos/21-138312-2010-01-11.html

gula, la ceguera y el apetito especulativo de sus operadores es el responsable de la crisis ecológica que amenaza la existencia misma de nuestra aventura humana. El único remedio es, dice Kempf, romper su lógica, restaurar e inventar otros valores antes que un cataclismo nos trague a todos. Hoy, el sistema capitalista ni siquiera es capaz de garantizar la supervivencia de las generaciones futuras. Para salvar el planeta hay que salir del liberalismo saldrá en la Argentina en el primer semestre de este año siempre en las impecables e indispensables ediciones de Libros del Zorzal.

–En su libro anterior, Cómo los ricos destruyen el planeta, usted expuso un aspecto del saqueo de nuestro planeta. En esta segunda obra, usted formula a la vez una denuncia implacable sobre los estragos causados por el sistema al planeta y propone una metodología para atenuar la crisis del medio ambiente.

–Estamos al mismo tiempo en una situación de crisis ecológica extremadamente importante, con una dimensión histórica nunca vista antes, y en un sistema económico que no cambia pese a que todos los indicadores ecológicos están en rojo. La clase dirigente, que yo llamó la oligarquía, eligió no tomar las medidas necesarias para atenuar la crisis ecológica porque quiere mantener sus privilegios, su poder y sus riquezas exorbitantes. La oligarquía sabe perfectamente que para ir hacia una política ecológica habría que poner en tela de juicio sus ventajas. Para la filosofía capitalista todas las relaciones sociales están garantizadas únicamente por el intercambio de mercaderías. Para salir de esa situación y volver a una política ecológica y de justicia social hay que trabajar los valores de cooperación, de solidaridad, de bien común, de interés general.

–Hay así dos cataclismos simultáneos: el agotamiento del sistema económico y el agotamiento de los recursos naturales y los cambios del clima. Ambos podrían desembocar en un enfrentamiento.
–Ya estamos constatando ese enfrentamiento. La oligarquía mantiene un modelo cultural de hiperconsumo que difunde al conjunto de la sociedad a través de la televisión, la publicidad, las películas. Ese modelo tiene que cambiar, pero está tan arraigado en la manera de vivir de la oligarquía con su enorme acumulación de riquezas que ésta se opone a esos cambios. Un millonario nunca aceptará andar en bicicleta porque su modelo, su poder, su prestigio, es el auto caro. Si queremos atenuar la crisis ecológica, ése es el modelo que debemos romper. Es necesario reducir el consumo material y el consumo de energía. Estamos entonces en plena confrontación entre la ecología y la justicia, por un lado, y, por el otro, una representación del mundo totalmente inadaptada a los desafíos de nuestra época.

–¿Acaso la defensa del medio ambiente, todo lo que está ligado al clima, no puede llegar a convertirse en una nueva forma de plataforma política pero ya no marcada por la ideología?
–Desde luego que sí, tanto más cuanto que estamos en una situación histórica que nos impone esa plataforma. La crisis ecológica que estamos viviendo es un momento histórico. Es la primera vez en la historia de la humanidad que la humanidad se topa con los límites de los recursos naturales. Hasta ahora, la naturaleza nos parecía inagotable, y ello permitió la aventura humana. Pero desde hace una generación comprendemos que hemos llegado a un límite, entendemos que la naturaleza puede agotarse y que la humanidad, la civilización, debe establecer un nuevo lazo con su medio ambiente, con la natura-

leza, la biosfera. El momento es a tal punto histórico que en un corto plazo, 20 o 30 años, éste es el tema que dominará todas las cuestiones políticas. Ese es el elemento clave de toda política que, sin ideologías, busque definir un post capitalismo ecológico y social. En no más de dos décadas debemos cambiar nuestra sociedad para enfrentar el desafío del muro ecológico al que la cultura humana está confrontada. Estamos obligados a realizar una mutación cultural, no sólo en la forma de concebir la sociedad, es decir, el desprendimiento de esa cultura capitalista que se volvió mortífera, sino también en la manera en que interrogamos la cultura occidental y esa dicotomía existente entre naturaleza y cultura. Hemos pasado a otro momento histórico.

–Pero hoy tenemos una suerte de paradoja general: estamos en un sistema capitalista ultra individualista y competitivo al mismo tiempo que vivimos en una sociedad de colectivización de la información y de contacto a través de Internet.

–Internet y la comunicación directa entre individuos no tienen aún el suficiente contrapeso. El poder capitalista no sólo controla los flujos financieros o el poder económico, también controla los medios de comunicación y ello impide que exista una verdadera expresión de la crítica social o la difusión de visiones alternativas. Internet es, por el momento, una sopapa de seguridad a través de la cual la crítica social y la crítica ecológica, que ahora empiezan a ir juntas, comienzan a tener canales de información independientes. Sin embargo, por ahora esa utilidad es mucho menos potente. Las capacidades de información alternativas de Internet o de los libros y revistas son todavía débiles frente a los medios dominantes, en especial la televisión, que está en manos de la oligarquía y que imprimen en la socie-

dad una visión controlada, dirigida y convencional de las cosas.

–Usted señala también los límites de la ilusión tecnológica. Usted demuestra cómo la oligarquía nos hace creer que la tecnología va a resolver todos nuestros problemas y cómo y por qué se trata de una mera ilusión destinada a perpetrar el sistema.

–El sistema capitalista quiere creer que vamos a resolver los problemas, en particular el del calentamiento global, recurriendo a los agrocarburantes, a la energía nuclear, a la energía eólica y a unas cuantas tecnologías más. Es cierto que esas tecnologías pueden jugar un papel, pero de ninguna manera están a la altura del desafío que nos plantea el calentamiento del planeta. Y no es posible que sea así porque, por un lado, el plazo y la dificultad para llevarlas a la práctica requieren demasiado tiempo para asumir las transformaciones necesarias. Los cambios climáticos se producen ahora a una velocidad muy alta y de aquí a unos diez años ya tenemos que haber cambiado de rumbo. Por otra parte, todas esas técnicas, si bien algunas tienen efectos favorables, también tienen efectos secundarios muy dañinos que no podemos ignorar. Resulta obvio que es necesario seguir investigando nuevas tecnologías, pero no podemos poner la tecnología en el centro de las acciones que deben emprender nuestras sociedades. En lo esencial, para prevenir la agravación de la crisis ecológica es preciso reducir el consumo material y el consumo de energía. Esa es la solución más directa. Pero ese cambio profundo de orientación de nuestras sociedades sólo se hará si el esfuerzo es compartido de manera equitativa, y ello pasa por la reducción de las desigualdades. Nadie aceptará cambiar su modo de vida si al mismo tiempo seguimos viendo a millonarios con Mercedes enormes, barcos gigantescos

y aviones privados. Aclaro que reducir el consumo material y de energía quiere decir que vamos a desplazar, a reorientar nuestra riqueza colectiva.

–Usted dice al respecto que el porvenir no está en la tecnología sino en el armado de una nueva relación social.

–La cuestión que está en el centro de nuestras sociedades consiste en saber cómo los individuos se piensan a sí mismos y cómo piensan a los demás. Por eso debemos salir de esta visión individualista y competitiva, de esa visión del crecimiento indefinido. La pelea se juega en la cultura: se trata de saber qué es lo que define una conciencia común.

–Usted se burla con mucha pertinencia de ese discurso de protección del medio ambiente que tiende a hacer de cada individuo un militante ecologista siempre y cuando éste lleve a cabo ciertos gestos –dividir la basura, por ejemplo– individuales. Usted define ese método también como un engaño de la oligarquía.

–Sí, hay un discurso que dice "si cada uno de nosotros hace un esfuerzo" eso resolverá las cosas. No. Desde luego que consumir menos agua y andar menos en auto ayuda, pero ese enfoque individualista no resuelve nada. ¿Por qué? Pues porque en el fondo hay una cuestión política: si yo decido circular en bicicleta pero el gobierno y las grandes empresas deciden construir nuevas autopistas de nada servirá que yo circule en bicicleta. Además, decirle a la gente que es ella quien hará avanzar las cosas con pequeñas acciones individuales equivale a permanecer en el esquema individualista, que es el del capitalismo. No resolveremos nada con soluciones individualistas sino mediante una concertación colectiva y con actos colectivos.

–Para usted existe un lazo primordial entre la crisis ecológica y la libertad, por eso resalta que es importante salvar la libertad contra la tentación autoritaria del capitalismo.

–En el curso de su historia, el capitalismo estuvo asociado a la libertad, a la democracia. Incluso en el período de la Guerra Fría el capitalismo estaba asociado al mundo libre y a la democracia en su lucha contra la Unión Soviética. Pero luego de la desaparición de la URSS, el capitalismo perdió su enemigo. Ahora empezamos a notar, en el pensamiento de la oligarquía, una negación de la democracia y un abandono de la idea según la cual la democracia es algo positivo. Estamos en un período donde los capitalistas no están de acuerdo con la democracia. Al contrario, consideran que la democracia es para ellos algo peligroso porque, evidentemente, una sociedad democrática pone en tela de juicio el poder y, por consiguiente, pondrá en peligro la oligarquía. Hemos tenido un ejemplo de ello con la administración de George Bush. Las democracias de los países del Norte, Estados Unidos y Europa, están cada vez más enfermas, más debilitadas.

–¿En qué plano se inscribe la ecología en esta crisis de la democracia?

–Las tensiones ecológicas se están agravando cada vez más y al mismo tiempo la oligarquía persiste en querer mantener un orden social basado en la desigualdad. La tentación de recurrir a medios cada vez más policiales es cada vez más grande: vigilar la población, a los opositores, tener ficheros inmensos, mandar mucha gente a la cárcel, a cambiar, restringiéndolos, los textos de ley relativos a las libertades individuales y de expresión. Si la sociedad no se despierta y no logramos que avancen nuestras ideas sobre la justicia social para hacer frente a la crisis

ecológica, la oligarquía, enfrentada al peligro ecológico, caerá en la tentación de utilizar medios más y más autoritarios.

–Eso fue lo que vimos en directo en la conferencia sobre el clima que se llevó a cabo en Copenhague. ¡La policía reprimió a mansalva a los representantes de las ONG invitadas por la misma ONU! ¿Acaso Copenhague no ha sido una visión de nuestro futuro?

–Absolutamente, es así. En Copenhague se operó además una convergencia entre el movimiento ecologista y los militantes antiglobalización, movimiento basado en los valores de justicia social. Eso quiere decir que ahora la cuestión del cambio climático se plantea en términos políticos. Lo segundo, hubo muchas manifestaciones, a menudo muy alegres, imaginativas y no violentas, que fueron reprimidas de manera tan sutil como peligrosa. En Copenhague vimos la experimentación de una suerte de dictadura blanda que la oligarquía está aplicando. Copenhague ha sido una cita importante porque allí se afirmó algo esencial: la contrasociedad se manifestó allí de manera mundial.

Chile
La primavera de los estudiantes

por Hervé Kempf

Chile paladea la primavera. Y no tan sólo porque en el hemisferio sur septiembre marca el retorno de las hojas a los árboles, temperaturas agradables y parejas que marchan abrazadas sobre un fondo de cumbres nevadas. Desde el inicio del año, la sociedad chilena estornuda al salir del invierno neoliberal, iniciando lo que algunos no vacilan en calificar de "revolución pacífica".

El epicentro de la primavera se encuentra frente a la Universidad de Chile, en Santiago. El edificio está cubierto de pancartas que reivindican "la educación gratuita y de calidad", a veces un grupo de rock ameniza la amplia vereda, la estatua del escritor y poeta Andrés Bello, fundador de la universidad, está pintarrajeada y maquillada como en 1968 la de Victor Hugo en la Sorbona.

Desde mayo el movimiento estudiantil está en pleno auge, desencadenando huelgas y manifestaciones en todo el país. El 3 de septiembre pasado, sus dirigentes negociaban, incluso directamente con Sebastián Piñera, el presidente de la Repúbli-

*Publicado en Le Monde Diplomatique, (Francia) octubre de 2011
Traducción: Teresa Garufi

ca –quien hasta ese momento se había negado a hacerlo–, en un encuentro donde no se logró nada. En efecto, el 2 de septiembre un accidente de avión causaba la desaparición de 21 personas, entre ellas la de un animador de televisión muy popular, Felipe Camiroaga: el duelo nacional de dos días decretado por el gobierno dejó en suspenso la discusión política.

"Este movimiento sorprendió a la sociedad –observa Carlos Ominami, economista y ministro de Economía del gobierno del demócrata cristiano Patricio Aylwin entre 1990 y 1992–. En muchas oportunidades los estudiantes convocaron a grandes manifestaciones. Y en cada ocasión se pensaba que habría un reflujo, pero más de 200.000 personas salieron a la calle. Las familias manifestaban junto con los jóvenes". Gabriel Muñoz, coordinador del movimiento en la Facultad de Filosofía, lo resume así: "Hace cuatro meses que los estudiantes se movilizan para denunciar la lógica neoliberal en la educación. Hay que volver a la educación gratuita y abrirla a los trabajadores. Enfrente, existe un gobierno que defiende los intereses de empresas y poderosos".

Sin embargo, el movimiento social no se reduce a la impresionante revuelta de los hijos de las clases medias. En enero de 2011, Punta Arenas, bien al sur de un país de 4.300 km de largo, entraba en ebullición para protestar contra un brutal aumento del precio del gas: durante una semana, la población bloqueó la ciudad mediante una huelga general. Después, en abril y mayo, las calles de Santiago se poblaron para rechazar los proyectos de represas hidroeléctricas en la Patagonia: en un país donde el medio ambiente nunca había entrado en los programas políticos, más de 80.000 personas se opusieron a la destrucción de sitios vírgenes. A partir del mes de mayo, la protesta estudiantil cobró vigor, sosteni-

da por una mayoría del pueblo chileno y llevando a un cuestionamiento del sistema político como no se veía desde 1990, cuando cayó la dictadura (1).

El movimiento "Patagonia sin represas" apuntaba a un proyecto de cinco megarrepresas sobre los ríos Pascua y Baker, destinado a proveer de electricidad a las compañías mineras del norte del país: el proyecto HidroAysén. Para transportar la corriente, una línea de alta tensión de 2.300 km debería atravesar el país. Tras la oposición de más de tres años de una coordinadora de organizaciones ecologistas, el gobierno había aprobado la iniciativa sin ningún esfuerzo. Hasta que en mayo las masivas manifestaciones cambiaron las cosas: Piñera tuvo que detener el proyecto, postergando por un año la decisión.

¿Cómo explicar esta inesperada rebelión? Para Raúl Sohr, periodista y escritor, "nadie conoce esos ríos, pero algo se produjo en el inconsciente colectivo: una explosión de ira contra los oligopolios, contra la subordinación del Estado a los intereses comerciales, contra el hecho de que el gran capital hace lo que quiere. Y luego, también en torno a la idea de que el sur de Chile es puro".

El asunto reveló que el sector energético está concentrado en tres grupos: Endesa-Enel (italiano), Colbún y ASE Gener (chilenos), que son mandatarios del gobierno. Pero el sector energético no es un caso aislado. Según Andrés Solimano, economista y animador de CIGLOB (Centro Internacional de Globalización y Desarrollo), "la propiedad está fuertemente concentrada en la banca, el comercio, las minas y en los medios de comunicación, donde los dos diarios dominantes, El Mercurio y La Tercera, pertenecen a dos conglomerados. Por ejemplo, la familia Luksic figura en la lista Forbes de las 500 fortunas más grandes del mundo y posee el Banco de Chile, minas de cobre, compañías energéticas y uno de los princi-

pales canales de televisión. En cuanto al presidente de la República, Sebastián Piñera, él mismo es multimillonario". Para Juan Pablo Orrego, coordinador del Consejo de Defensa de la Patagonia, "este país está dirigido por una oligarquía, aquí un puñado de familias posee un enorme patrimonio".

Enrique Aliste, sociólogo de la Universidad de Chile, señala que el movimiento estudiantil "se articuló sobre el rechazo a las represas. En las manifestaciones había muchos de esos jóvenes". Actualmente, los estudiantes cuestionan el elevadísimo costo de los estudios y la privatización de la enseñanza superior. Dado que en Chile la educación es la más cara del mundo, detrás de la de Estados Unidos, y está casi totalmente privatizada. Solimano explica: "Tan sólo el 15% de los recursos de las universidades provienen del Estado, contra el 80 a 90% en los años 1970. Las universidades funcionan como empresas: buscan producir beneficios. Aunque una ley de 1981 lo impidió, fue eludida mediante la creación de filiales que permiten a las universidades alquilarse sus propios edificios a muy alto precio". Las universidades no obtienen ganancias; sus filiales las acumulan.

Resultado: los estudiantes pagan entre uno y dos millones de pesos por año (de 1.500 a 3.000 euros), en un país donde el Producto Interno Bruto (PIB) por habitante es más de tres veces inferior al de Francia. Por ejemplo, Muñoz desembolsa 1.700.000 pesos anuales por su año universitario. "El 70% de los estudiantes se endeuda para pagar sus estudios", dice. Los estudiantes o sus familias: Gina Gallardo, que vive en una comuna popular de los suburbios de Santiago y cuyo marido trabaja como dibujante técnico, explica: "Mi hijo estudia música, ya tiene una deuda de varios millones de pesos; mi hija está en segundo año de diseño gráfi-

co. Todo lo que se gana, peso por peso, se gasta en la universidad".

La protesta va más allá de una reivindicación pecuniaria. Andrés Solimano lo analiza: "Querer universidades gratuitas y estatales constituye un cambio de paradigma cultural: antes, el libre juego de las fuerzas del mercado estaba asociado a la prosperidad. Se empieza a cuestionar la necesidad de tener que pagar los servicios sociales, el control de los grandes grupos sobre los medios de comunicación e incluso la concentración de la riqueza. De hecho, los estudiantes constituyen la punta de lanza de una protesta general contra un capitalismo elitista que obtiene ingresos de todas las actividades: vivienda, estudios, medicamentos, bancos, etc.

Porque la privatización de la economía es general: durante la dictadura del general Pinochet (1973-1990) y a veces después, también se privatizaron la enseñanza superior, la producción de energía, los sistemas de salud y de jubilación, la gestión del agua, gran parte de la producción de cobre, etc.

Es cierto que Chile conoce una prosperidad inducida por un fuerte crecimiento económico. "El país es rico en su subdesarrollo –dice Sohr–. No está endeudado. Aumentó la esperanza de vida, la mortalidad infantil es menor, las viviendas son más amplias. Pero para el 80% de la gente, la situación sigue siendo muy difícil. Las expectativas aumentaron más que la satisfacción material, y las familias se endeudaron enormemente". Además, 20 años de prosperidad macroeconómica llevaron a una muy desigual distribución de la riqueza, lo que cada vez se soporta menos: en Chile, el índice de Gini, que mide las desigualdades, alcanza el 0,54 contra el 0,38 de promedio en los países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), a la cual Chile adhirió en 2010 (2).

Igualmente discutidas son las opciones en materia de economía. Economía basada en la explotación de los recursos naturales, en primer lugar el cobre, del cual Chile es el primer productor mundial. Pero los tres cuartos de esta producción depende de compañías privadas, muchas extranjeras, que exportan sus ganancias. Aun así, el sector minero sigue siendo privilegiado. En los años 80 el hermano de Sebastián Piñera, José, ministro de Trabajo bajo la dictadura, había elaborado una ley orgánica constitucional sobre las minas: todavía en vigor, prevé que en caso de nacionalización habría que pagarle al inversor los "valores presentes" de todos los ingresos acumulados hasta la extinción del recurso mineral, una suma prohibitiva. El economista Marcel Claude observa: "De cierta forma, la ley considera que el cobre pertenece a la empresa que lo explota, no a Chile". En 1992, una ley sobre la fiscalidad otorgó incluso más ventajas a las empresas mineras, con el fin de atraer inversiones extranjeras. Tanto es así, explica Claude, que "entre 1993 y 2003 las empresas extranjeras no pagaron ni un dólar de impuesto por sus ganancias. Después de 2003, el alza del precio del cobre los llevó a hacerlo: pero Codelco, la empresa pública que asegura el 27% de la producción, abona al fisco 6.800 millones de dólares, mucho más de los 5.500 millones que pagan las empresas mineras extranjeras que aseguran el 73% de la producción". Además, las normas sobre el medio ambiente son muy laxas. Y los desechos y residuos mineros crean grandes problemas de contaminación.

Detrás de la educación, lo que el pueblo cuestiona es pues el sistema económico chileno. Y en su marcha el movimiento sacude también al sistema político. En efecto, resume Sohr: "A los estudiantes que piden educación gratuita, el Estado les dijo: 'no hay suficiente dinero'. Los estudiantes respondieron que

había que aumentar los impuestos. Pero el gobierno se defendió arguyendo que la Constitución no lo permitía. '¡Y bien, hagamos una nueva Constitución!, concluyeron los estudiantes".

Porque la Constitución impuesta en 1980 durante la dictadura no fue abolida en 1990, cuando los gobiernos de la Concertación, que reagrupaba en una alianza de centroizquierda a los demócratas cristianos, los socialistas y los socialdemócratas, retomaron el ejercicio del poder. Fue diseñada para impedir cualquier transformación real de la herencia política y económica de la era Pinochet. Por una parte, para modificar o abrogar las leyes orgánicas constitucionales se requiere una mayoría parlamentaria de cuatro séptimos. Por la otra, la Constitución define un sistema electoral para el Parlamento que es una complicada fórmula binominal, que hace que el que encabeza la lista del partido que llega en segundo lugar obtenga un mandato, incluso si los dos primeros candidatos de la lista que llegó primera reúnen cada uno más votos. Ideado para garantizar en el Parlamento la fuerza de los partidos de derecha originados en la dictadura, el mecanismo obligó a los partidos de la Concertación a unirse a pesar de sus opciones divergentes.

"La mayoría cultural es más fuerte que la mayoría política –señala Marco Enríquez Ominami, un sorpresivo candidato que se salió de la concertación y que logró el 20% de los votos en las elecciones presidenciales de 2009–. Pero el sistema electoral es de piedra, todo está bloqueado. Para un cambio real, hay que lograr el 80% de los votos. Pinochet hizo un buen trabajo...". Guido Girardi, a la izquierda de la Concertación y presidente del Senado, explica: "La Concertación es como si en Alemania los demócratas cristianos y los socialdemócratas se vieran obligados a seguir juntos permanentemente. Muchos de sus miembros adhieren a la ideología neoliberal. Lo

que lleva al inmovilismo y hace imposible encontrar salida a las crisis".

Así, después de 1990 la Concertación prosiguió con la política económica de la dictadura. Todo sucedió como si, para asegurar la transición y evitar cualquier tentación de retorno de los militares, hubiera cambiado la liberalización política por el mantenimiento de los intereses económicos dominantes. Girardi señala: "Chile fue el laboratorio del neoliberalismo. La izquierda, como en todas partes, pero aun más que en otras partes, se acomodó".

En todo caso, el sistema político pierde legitimidad, como lo muestra una tasa de abstencionismo cada vez más alta: la participación electoral es de apenas el 62%, contra el 95% en 1990 (3).

Esta situación torna difícil la evolución del movimiento social, que no encuentra representación política a sus demandas de cambio. Pero ¿hasta dónde se quiere llegar? La huelga general del 24 y 25 de agosto no colmó las expectativas de los organizadores. Sin embargo, la policía reprimió violentamente la manifestación, matando de un balazo a un adolescente de 16 años, Manuel Gutiérrez. La reprobación que suscitó este acto provocó la destitución del general Sergio Gajardo, responsable de la policía de la región de Santiago, quien había ocultado el asesinato. Como consecuencia de este drama (y del accidente de avión del 2 de septiembre), a mediados de este mes el movimiento social intentaba encontrar un nuevo impulso.

Según Marco Enríquez Ominami, "las personas que salen a la calle son ciudadanos pero también consumidores. La gente no desea la ruptura. A falta de partido político capaz de constituirse en el portavoz popular en la escena institucional y forzar una reforma de la Constitución, Chile se encuentra en medio del río. "La situación no tiene retorno, se

abrió una puerta –estima Girardi–. Si esto no cambia hoy, cambiará mañana. Es la expresión de un fenómeno mayor, más profundo, que se desarrolla a escala de la Humanidad: vivimos una crisis profunda del neoliberalismo, del individualismo exacerbado, del mercado".

Chile fue un desafortunado pionero del neoliberalismo. En la presente lucha, se ha combinado exitosamente, de manera también pionera, la protesta ecológica y social, mostrando su coherencia. Le queda ahora lograr la metamorfosis hacia un nuevo sistema.

1 Véase Víctor Hugo de la Fuente, Los estudiantes buscan terminar con la herencia de Pinochet. En Chile renacen los sueños de Allende http://www.lemondediplomatique.cl/Articulo-de-Victor-Hugo-de-la.html.

2 El índice de Gini permite medir el grado de desigualdad de la distribución de los ingresos para una determinada población. Varía entre 0 y 1: el valor 0 corresponde a la perfecta igualdad (todos tienen el mismo ingreso); el valor 1 a la extrema desigualdad (una persona tiene todos los ingresos, los demás ninguno). En Francia, según el INSEE, el índice de Gini es de 0,289 (en 2007).

3 Juan Jorge Faundes, "Democracia representativa", Punto Final, Santiago (Chile), septiembre de 2011.

H.K.

Patagonia chilena

Lo que se llevará el carbón de la Isla Riesco...

por Hervé Kempf

Los extremos del mundo no son siempre lugares fríos y solitarios. Estos también se animan con vigorosas manifestaciones, como la de este viernes, en una tarde de septiembre, en Punta Arenas, la ciudad más austral de la Patagonia chilena. Cuando el sol se ocultaba en las aguas glaciales del estrecho de Magallanes, el centro de esta aglomeración de 120.000 habitantes, era cruzada por un gran lienzo en cual se podía leer: "Hoy el carbón, mañana la miseria". Unas treinta personas, sobre todo jóvenes, marchaban, gritando y golpeando cacerolas: "Carbón, carbón, traes la muerte y la destrucción", "Tenemos el viento, tenemos el sol, ¿por qué utilizar el carbón?". La escena se repite todos los viernes, desde febrero. Angélica, una joven que trabaja como vendedora en un negocio, explica: "Estoy aquí para defender mi tierra. La gente está muy mal informada sobre este proyecto".

¿El proyecto? Una mina a tajo abierto de 500 hectáreas, en una gran isla situada a unos 50 kilómetros de Punta Arenas. El gobierno chileno autorizó, en agosto, la futura extracción de 6 millones de tone-

*Publicado en Le Monde 30-31 octubre de 2011.

ladas de carbón por año, los que serán exportados hacia las minas del norte de Chile por un puerto que se construirá en la Isla Riesco. Otras cuatro minas podrán entonces abrirse.

Si Punta Arenas está lejos de todo, la Isla Riesco está lejos de Punta Arenas. Para ir allí, se toma la ruta que bordea el estrecho de Magallanes antes de tomar, a la izquierda, una pista que lleva hacia una pequeña cordillera de montañas de cumbres nevadas. Se atraviesa por extensos sembradíos áridos de una hierba dura, arbustos aferrados a la tierra rocosa y árboles más grandes, los "lenga" (roble de Tierra del Fuego o roble blanco), especies de Tierra del Fuego, con copas curvadas por el viento. Los paisajes parecen infinitos y bajo un cielo azul claro con nubes deshilachadas, se derrama una luz de una nitidez brillante. Cuando la tierra parece vacía de hombres -aunque de vez en cuando, se encuentran estancias, grandes granjas de criadero de ovejas-, los animales abundan, y se puede observar con admiración a los ibis rojos, gansos de Magallanes, petrels, ñandus (avestruces de la Patagonia) e, incluso, el vuelo de un cóndor deslizándose serenamente por las esferas celestes.

"Cuando me encontré con los prospectores, entre 2007 y 2009, me dijeron que sería una pequeña mina, eso no me preocupaba. Fue cuando el proyecto se publicó que nos dimos cuenta que sería enorme". Gregor Stipicic tiene 32 años. Luego de sus estudios de medicina, este joven hombre rubio, se instaló en la isla hace cuatro años para explotar la estancia que fundó su abuelo, en los años 1950. Una vida aislada, ocupada del cuidado de unas mil ovejas pastando en los alrededores, distraída por largas lecturas en la tarde, al lado de la estufa a leña, y por la contemplación de la bahía que se extiende delante de la casa. Pocos vecinos, excepto los delfines australes que vienen a menudo a juguetear a cien metros de la playa.

En enero de 2010, cuando el proyecto fue publicado, el Sr. Stipicic se lanzó en una batalla contra lo que le parecía una violación a la naturaleza, casi intacta, y un mal negocio para la región. Primero, reunió a una decena de granjeros que vivían, con dificultad, en la isla, antes de ganar la causa de los ecologistas de Punta Arenas, luego en Santiago, la capital, en donde el tema tomó una dimensión nacional.

Gregor y sus amigos del Frente austral de defensa ecológica, ajustan los argumentos. La extracción de carbón amenazaría la fauna local, especialmente el huemúl –un ciervo con orejas de liebre, especie chilena muy escasa– y el pájaro carpintero, especie inherente a los bosques de lenga. Los vientos fuertes que soplan en la Patagonia, podrían traer el polvo y las partículas producidas por la explotación hacia las tierras circundantes y el mar interior, situado entre Punta Arenas y la isla, provocando polución y la contaminación lenta de la fauna. El carbón es de muy mala calidad, tiene un poder calorífico débil y contiene numerosos metales pesados.

A lo que la compañía explotadora responde con seguridad; "Nosotros ocuparemos solamente el 0,5% de la superficie de la isla", dice Patricio Alvarado, director de medio ambiente de la Minera Isla Riesco (MIR), empresa que presenta el proyecto en su oficina de Punta Arenas. Los métodos de explotación consistirán en la reposición de la tierra sacada en la medida en que se realice la extracción del carbón. Se plantarán árboles en 200 hectáreas, para compensar los daños: ya se han instalado invernaderos en los cuales crecen más de 200.000 plántulas de lenga. En cuanto al viento, se han efectuado millares de medidas en tres estaciones meteorológicas alrededor del lugar de la mina, desde hace tres o cuatro años, estamos seguros de nuestros estudios, la mina no generará polución en Punta Arenas".

Los argumentos se oponen, apoyados en peritajes contradictorios. El único punto sobre el cual el MIR no sabe qué responder, es sobre las emisiones de gas con efecto invernadero acarreadas por la combustión de carbón en las centrales eléctricas; las emisiones del país crecen ya en un 5% por año desde 1994 – un récord en América latina.

La compañía tienta con los 800 empleos que creará la construcción del puerto y la explotación de la mina. Ya habría recibido cerca de 10.000 solicitudes de contratación. Sin embargo, la región conoce una tasa de cesantía débil, de 4,4%. Sin embargo los salarios prometidos son atractivos porque, explica Elia Simeone, en periódico local *La Prensa Austral*, "aquí la gente es pobre, la vida es más cara que en el resto del país, es necesario hacer venir de lejos numerosos productos". Sin embargo, observa José Vera, economista basado en Punta Arenas, los empleos creados no resumen el interés económico del proyecto. También es necesario evaluar el efecto que esta mina podría tener en la actividad turística. Ofrecemos un medio ambiente virgen, nuestra región es más bella que la el lado argentino de Ushuaïa. Hoy, el turismo genera 12.000 empleos permanentes y podría desarrollarse aún más. Salvo que nuestra región aluda más bien al carbón y a la polución que a la naturaleza".

El debate remite al modelo de desarrollo de la Patagonia y, sin duda, de Chile: ¿es necesario continuar con una economía que reposa en la explotación de los recursos naturales o se puede imaginar un futuro basado en el respeto por un medio ambiente único y en las energías alternativas?

De hecho, los dos diputados y los dos senadores por la región de Magallanes, se han opuesto al proyecto y, en Santiago, el presidente del Senado, Guido Girardi, no tiene pelos en la lengua: "El extremo del continente es uno de los lugares más puros, más pre-

servados del mundo. Explotar minas de carbón allí, es una estupidez! Chile tiene enormes posibilidades en energías renovables, que debemos explotar ». En efecto, el desierto de Atacama, en el norte del país; es uno de los lugares más asoleados del mundo, se podrían desarrollar allí centrales solares de gran capacidad. Igualmente, los recursos geotérmicos de este país volcánico, están entre los más importantes del planeta. "El gobierno no quiere probar técnicas, él quiere estar seguro que eso funciona, por ende, reproducir lo que se puede hacer afuera", explica un funcionario del Ministerio de Energía, que quiere permanecer en el anonimato. "Pero estas técnicas son bien conocidas, exclama el Sr. Girardi, y el costo de la energía solar disminuye cada vez más!" Además, el potencial de economías de energía es muy importante en un país donde las casas están muy mal aisladas.

De hecho, la lucha en torno al proyecto de Isla Riesco es una expresión suplementaria a la inestabilidad que agita a la sociedad chilena desde principios de 2011. En realidad, es en Punta Arenas donde el movimiento partió: en enero, manifestaciones masivas se produjeron a raíz del aumento del precio del gas. Luego, en abril, 80.000 personas se manifestaron en Santiago contra proyectos de represas en la Patagonia, antes que, en mayo, comenzara un movimiento masivo de estudiantes, que prosigue en septiembre, contra el costo elevado de la enseñanza superior. Lo que está en juego ahora, es la controversia del modelo ultra liberal puesto en marcha desde el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 y, todavía en curso, a pesar de la vuelta de la democracia, desde hace 20 años. "Se ha producido una concentración enorme de poder y de riqueza, en los bancos, el comercio, los medios de comunicación y las minas, observa en Santiago, Andrés Solimano,

economista y animador del CIGLOB (*Centro Internacional de Globalización y Desarrollo*). Esto explica las causas del descontento actual".

El proyecto de Isla Riesco es sintomático de este malestar. El MIR es una filial de dos compañías, Ultramar y Copec, una sociedad en la cual el presidente de la República, Sebastián Piñera, multimillonario, posee el 2% del capital y, su mujer, de otras partes, por un monto desconocido. El carbón alimentará centrales eléctricas para suministrar corriente a empresas que explotan el cobre en el norte. Pero éstas corresponden a las tres cuartas partes de sociedades extranjeras. "El proyecto carbonífero no representa ningún interés para la nación, expresa Hernán Sandoval, presidente de la asociación ecologista Chile Ambiente: servirá a empresas mineras, que crean pocos empleos, pagan pocos impuestos y exportan sus beneficios". Los ecologistas de Punta Arenas interpusieron un recurso ante la justicia. Ellos esperan que la justicia decida que son necesarios estudios más profundos. Para estar seguros de que el carbón no ensuciará la Patagonia

H.K.

Las desigualdades, motor de la crisis ecológica

por Hervé Kempf

Las tres o cuatro generaciones situadas al centro del tercer milenio son las primeras, en la historia de la humanidad, desde que los bípedos recorren el planeta, en enfrentarse con los límites de la biosfera. Este encuentro no se lleva a cabo bajo el signo de la armonía, sino más bien bajo una crisis ecológica mayor.

Subrayemos algunos aspectos. El primero de ellos es la nueva inquietud que tienen los climatólogos: están reflexionado desde hace algunos años sobre la hipótesis de una posible irreversibilidad del cambio climático. Hasta ahora, se pensaba que un calentamiento gradual ocurriría pero que, cuando la humanidad se diera cuenta de la gravedad de la situación sería posible volver atrás y encontrar el equilibrio climático. Los climatólogos nos dicen que es posible que alcancemos un punto tal que el sistema climático se desviará hacia un desorden irreversible. Varias series de observaciones alimentan esta inquietud: los glaciares de Groenlandia se derriten más rápido de lo que lo preveían los expertos; los océanos podrían absorber menos gas

*Texto publicado en el Hors Série *Manière de voir* de Le Monde Diplomatique Francia, junio de 2008.

carbónico; el calentamiento ya en práctica, podría acelerar el deshielo del pergélisol esta inmensa capa de tierra congelada situada en Siberia y en Canadá, que, por esto, amenazaría con liberar cantidades enormes de gas carbónico y de metano que ella encierra.

Una segunda observación es que la crisis ecológica no se reduce sólo al cambio climático. Es el fenómeno mejor conocido por el público en general, sin embargo, constituye sólo una parte de la crisis global. Hay otro tan importante como el anterior: la erosión de la biodiversidad, cuya amplitud no puede estar mejor ilustrada por los especialistas quienes, para señalar la desaparición acelerada de espacios que nuestra época experimenta, ellos hablan de la "sexta crisis de extinción". La quinta, hace 65 millones de años, vio desaparecer a los dinosaurios.

Tercer aspecto, posiblemente menos sensible o menos sintetizado que la problemática del cambio climático: una contaminación química generalizada de nuestro medio ambiente, de la cual dos aspectos son particularmente inquietantes. Por un lado, las cadenas alimenticias son contaminadas, desde luego, con dosis mínimas, por contaminantes químicos. Por otro lado, aparece cada vez más claramente que el gran ecosistema del planeta, el conjunto de los océanos, que imaginábamos casi infinitos en su capacidad de regeneración, está cada vez más debilitado, ya sea por causa de la polución o por la degradación de tal o tal de sus ecosistemas particulares.

Esta entrada en materia define la urgencia política de nuestra época. Sin embargo, no es hoy ni ayer que nuestra sociedad fue advertida del peligro, sino desde hace varios decenios. Rachel Carson lanzó la alerta con "La primavera silenciosa", en 1962, luego, en los años 1970, la cuestión ecológica penetró con fuerza en el debate público: conferencias internacionales, artículo científicos, luchas de ecologistas han amontonado una

suma de conocimientos que confirman sin descanso la tendencia general.

¿Por qué nuestras sociedades no se orientan entonces verdaderamente hacia las políticas que permitirían evitar la profundización de la crisis ecológica? Es la pregunta crucial. Con el fin de responder, es preciso analizar las relaciones de poder en nuestras sociedades. Y descubrir que ellas está organizadas para bloquear estas políticas necesarias.

¿Cómo? Desde hace unos veinte años, el capitalismo se caracteriza por la vuelta de la pobreza a los países ricos. El retroceso de la tasa de pobreza, contínuo desde fines de los años 1940, se interrumpió en los países occidentales, incluso, en ciertos casos, se invirtió. Asimismo, el número de personas en situación precaria (ligeramente sobre el límite de la pobreza) aumenta también de manera regular. Por otro lado, a nivel mundial, el número de personas en situación de pobreza absoluta, es decir que disponen de menos de dos dólares por día, corresponde a 2 mil millones de personas, mientras que la FAO estima en 820 millones el número de seres humanos mal alimentados.

El aumento de las desigualdades desde hace unos veinte años, constituye otro aspecto de la crisis social. Numerosos estudios lo testifican. Uno de ellos, conducido por dos economistas de Harvard y del Federal Reserve Board, es el más elocuente. Carola Frydman y Raven E. Saks compararon los salarios que ganan los tres primeros ejecutivos de 500 empresas americanas, las más grandes, y el salario medio de sus empleados. Este indicador de la evolución de desigualdades permanece estable desde los años 1940, instante en que comienza la observación, hasta los años 1970: los patrones de las empresas consideradas, ganaban alrededor de 35 veces más el salario medio de sus empleados. Luego se produjo un quiebre a partir de los años 1980 y, la relación sube de manera bastante regular

hasta alcanzar alrededor de 130, en los años 2000.

Estos estudios significan que una ruptura mayor se produjo en el funcionamiento del capitalismo desde hace 60 años. Durante lo que se ha llamado los "Treinta gloriosos", el enriquecimiento colectivo posibilitado por la alza continua de la productividad era bastante equitativo, distribuido entre capital y trabajo, de modo que las relaciones de desigualdad permanecían estables. A partir de los años 1980, un conjunto de circunstancias, que no vamos a analizar ahora, condujo a un quiebre cada vez más acentuado entre quienes poseen el capital y la masa de ciudadanos. La oligarquía acumula ingresos y patrimonio a un grado jamas visto desde hace un siglo.

Es fundamental conocer la manera concreta en que los super ricos utilizan su dinero. Esto ya no es un secreto como en tiempos de la austera burguesía protestante descrita por Max Weber: el dinero alimentaba, al contrario, un consumo excesivo de yates, aviones privados, inmensas residencias, joyas, relojes, viajes exóticos, con un amontonamiento de oropel de gastos suntuarios. Los franceses descubren con el Sr. Sarkozy un ejemplo desolador de este llamativo comportamiento.

¿Por qué esto es un motor de la crisis ecológica? Para comprenderlo, es necesario que nos dirijamos hacia el gran economista Thorstein Veblen, cuyo pensamiento es situado por Raymond Aron, en el mismo nivel que el de von Clausewitz o el de D'Alexis de Tocqueville. Bastante olvidado hoy día, su pensamiento presenta una sobrecogedora pertinencia.

Para resumir en sumo grado. ¿Qué decía Veblen? Que la tendencia a rivalizar es inherente a la naturaleza humana. Cada uno de nosotros tenemos una propensión a compararnos, los unos con los otros, y buscamos manifestar, a través de un tal rasgo exterior una pequeña superioridad, una diferencia simbólica en relación

a las personas con las cuales vivimos. Veblen no afirma que la naturaleza humana se reduce a este rasgo, él no juzga desde un punto de vista moral, advierte. Apoyándose en numerosos testimonios de etnógrafos de su época, él advierte también que esta forma de rivalidad simbólica se observa en todas las sociedades.

Además, prosigue, todas las sociedades producen muy fácilmente la riqueza necesaria para satisfacer sus necesidades de alimento, vivienda, educación de los niños, de buena convivencia, etc. Sin embargo producen generalmente una cantidad de riqueza muy superior a la satisfacción de estas necesidades. ¿Por qué? Porque se trata de permitir a sus miembros de distinguirse los unos de los otros.

Veble, advierte enseguida que existen, muy a menudo, varias clases en el seno de la sociedad. Cada una de ellas está regida por el principio de la rivalidad ostentatoria. Y, en cada clase, los individuos toman como modelo el comportamiento vigente en la clase social superior, que muestra lo que está bien, lo que está chic para hacer. La clase social imitada, sigue el ejemplo de aquella que está sobre ella misma en la escala de la fortuna. Esta imitación se reproduce desde abajo hacia arriba, de modo que la clase situada en la cumbre define el modelo cultural general de los que es prestigioso, de lo que se impone a los otros.

¿Qué sucede en una sociedad muy desigual? genera un desperdicio enorme porque el gasto material de la oligarquía –ella misma presa de la competición ostentatoria– sirve de ejemplo a toda la sociedad. Cada uno a su nivel, en el límite de sus ingresos, busca adquirir los bienes y signos más valorizados. Medios de comunicación, publicidad, películas, seriales, revistas "people", son las herramientas fundamentales de la difusión del modelo cultural dominante.

¿De qué manera la oligarquía bloquea los cambios necesarios para prevenir el empeoramiento de la cri-

sis ecológica? Directamente a través de los poderosos mandos políticos, económicos y mediáticos de los que dispone y usa para mantener sus privilegios. Pero también indirectamente, y de igual importancia, a través de este modelo cultural de consumo que impregna a toda la sociedad definiéndolo como normal.

Concluimos ahora con la ecología. Prevenir el empeoramiento de la crisis ecológica e, incluso comenzar a restaurar el medio ambiente, es en principio bastante simple: es preciso que la humanidad reduzca su impacto en la biosfera. Lograrlo es igualmente en principio, bastante simple: esto significa reducir nuestras extracciones de minerales, de madera, agua, oro, petróleo, etc., y reducir nuestros residuos de gas con efecto invernadero, deshechos químicos, de materias radioactivas, de envases, etc. Lo que significa reducir el consumo material global de nuestras sociedades. Tal reducción constituye la palanca esencial para cambiar la situación ecológica.

¿Quién va a reducir su consumo material? Se estima que de un 20 a un 30% de la población mundial consume el 70 a 80% de los recursos sacados, cada año, de la biosfera. El cambio debe venir entonces de este 20 a 30%, es decir, en grandes rasgos, de los pueblos de América del norte, Europa y Japón. En el seno de estas sociedades super desarrolladas, no es a los pobres, a los RMIstes, a los salariados modestos a quienes se les propondrá reducir el consumo material. No se trata tampoco solamente de los super-ricos quienes deben realizar esta reducción: pues aunque Nicolas Sarkozy, Vincent Bolloré, Alain Minc, Bernard Arnault, Arnaud Lagardère, Jacques Attali y su cortejo de oligarcas se paseen en limusinas con choferes, con relojes brillantes, de shopping en 4x4 en Saint Tropez, no son tan numerosos para que cambie suficientemente el impacto ecológico colectivo. Es al conjunto de las clases medias occidentales a quienes se debe proponer la

reducción del consumo material.

Aquí vemos que la cuestión de la desigualdad es central: las clases medias no aceptarán ir en dirección a un menor consumo material si perdura la situación de desigualdad, si el cambio necesario no es equitativamente adoptado. Recrear el sentimiento de solidaridad esencial para llegar a esta reorientación radical de nuestra cultura supone, evidentemente, proponerse un estrechamiento riguroso de las desigualdades lo que, por otro lado, transformaría el modelo cultural existente.

La proposición de bajar el consumo material puede parecer provocador en el baño ideológico en el que nos hemos sumergido. Pero, hoy, el aumento del consumo material global no está asociado a un aumento del bien común colectivo, acarrea, por el contrario, una degradación de este bien común. Una civilización que escoja la reducción del consumo material verá, por otro lado, abrirse la puerta de otras políticas. Provista por la transferencia de riqueza que permitirá la reducción de las desigualdades, podrá estimular actividades humanas, socialmente útiles y de poco impacto ecológico. Salud, educación, transporte, energía, agricultura, son campos donde las necesidades sociales son tan grandes y las posibilidades de acción importantes. Se trata de cambiar la concepción de una economía basada en la obsesión de la producción material por una que sea útil al ser humano, favorecer el lazo social más que la satisfacción individual. Frente a la crisis ecológica, tenemos que consumir menos para repartir mejor. Con la finalidad de vivir en conjunto más que consumir solos.

H.K.

Libros publicados por la Editorial Aún Creemos en los Sueños

Empleo doméstico
Otro Chile es posible
Cárceles
¿Un planeta sobrepoblado?
Psiquiatría. ¿Cuidar o reprimir?
Crónicas de Luis Sepúlveda
Trabajo decente vs trabajo precario
La rebelión árabe
Agrobiodiversidad
Ecuador. La revolución ciudadana
UTOPÍAS. Antiguos y nuevos sueños
CUBA. ¿Hacia dónde va la transición?
Le Monde Diplomatique. Más que un periódico
Política y dinero. En Chile y el mundo
Piñera. Ciudadanía versus gerentes
Democracia electrónica. ¿Qué desafíos para A. Latina?
Ciudades. Urbanismo y desastre en Chile
África, el continente olvidado
Los desafíos de Obama
Luis Sepúlveda. Asalto a mano santa
Epidemias y Pandemias
Extraterrestres
El Decrecimiento
Narcotráfico
El aborto
Genética ADN
Las nuevas potencias
Palestina-Israel
La Crisis del Siglo por Ignacio Ramonet
Discursos de Salvador Allende
Alimentos y comida chatarra
Pensamiento crítico latinoamericano - Cuadernos CLACSO
El Blog de Luis Sepúlveda
Medicamentos: ¿Derecho o mercancía?
Los calzoncillos de Carolina Huechuraba por Luis Sepúlveda
La condición animal
¿Un mundo sin petróleo?
El Vaticano
El poder de los sueños por Luis Sepúlveda
Foros Sociales altermundialistas
EL mundo en la Nueva era imperial por Ignacio Ramonet
Los dueños del mundo
A treinta años... Aún Creemos en los Sueños
Salvar el Planeta
ATTAC: el Movimiento de la Esperanza.
Porto Alegre: la ciudadanía en marcha
La Locura de Pinochet por Luis Sepúlveda

Este libro se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2011
en LOM Ediciones
Concha y Toro 23 - Santiago centro - Chile